



Seix Barral

# Françoise Frenkel

## Una librería en Berlín

Prólogo de Patrick Modiano





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Françoise Frenkel

## Una librería en Berlín

Traducción del francés  
por Adolfo García Ortega

---

Título original: *Rien où poser sa tête*

© por el prólogo de Patrick Modiano y el dossier de Frédéric Maria,  
Éditions Gallimard, 2015

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-322-2999-2

Depósito legal: B. 278 - 2016

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del *copyright* de la obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## ÍNDICE

- 7      *Prefacio de Patrick Modiano*
- 15     Prólogo
- 17     I. Al servicio del pensamiento francés en Alemania  
*Vocación – París – Berlín – Vicisitudes – Boicoteo – Pogromo – Partida – En la frontera – Llegada a París – Evocaciones*
- 51     II. París  
*Agosto de 1939 – Ambiente – Radio y prensa – La guerra de broma – París en vísperas de la Ocupación*
- 61     III. Aviñón  
*Junio de 1940*
- 65     IV. Vichy  
*Éxodo – Ocupación – Ambiente – Las comunicaciones – La estación – Salida en masa – Viajes e incidentes.*
- 81     V. Aviñón  
*Agosto-noviembre de 1940 – El Ródano – El mistral – El señor Devitrolles*

- 
- 91 VI. Niza  
*Diciembre de 1940 – Tipos y caracteres – El señor Thérive, cocinero y político – Debates en torno a la radio – Prensa y propaganda – Peregrinaciones – Opinión pública – Los furoros del Mediterráneo – El hotel La Roseraie – Parada en las colas – Los que se cuelan – Dificultades del racionamiento – Mercado negro – Trueque – El Arca de Noé – Formalidades – «El orden nuevo» en Francia – Los días siniestros – Los Marius – El juramento del meridional – Incertidumbres – Peripecias*
- 133 VII. En algún lugar de la montaña  
*El castillo – Por la carretera*
- 145 VIII. De regreso en Niza  
*Septiembre-diciembre de 1942 – Marion – La señora Lucienne – Alternativa – Las dos costureras*
- 173 IX. Grenoble  
*Diciembre de 1942 – La decisión suprema – ¿Hacia Suiza? – Rachel, la demente – Julot, el pasador – «¡Vámonos ya!» – Angustias*
- 185 X. En la frontera  
*Detenida – Interrogatorios con los gendarmes – En chirona*
- 197 XI. Annecy  
*Finales de diciembre de 1942-enero de 1943 – En prisión – La vida en la cárcel – Algunas figuras – El niño rubio y rosado*
- 209 XII. Saint-Julien  
*El viajes a los juzgados – El asesino de Bremen – Una tarde en la celda – Ante el tribunal – Los pasadores estafadores – Los cuatro «voluntarios», mosqueteros de 1939 – Los diamantes desaparecidos – El mar Rojo y las alambradas – Absuelta*

- 
- 227 XIII. Annecy  
*«¡A Gurs!» – El juramento del saboyano –  
¡Bondad, tuya es la Victoria! – Reencuentros y  
noticias – Un buen chiste – El señor cura – En el  
convento – Paz, descanso y olvido*
- 241 XIV. En la frontera  
*Abril de 1943 – Segundo intento de huida – El  
soldado napolitano – Vuelta a Annecy – Saboya  
en 1942-1943*
- 251 XV. Hacia Suiza  
*Junio de 1943 – El aduanero y su familia – En  
camino – Nostalgia – El segador – La portilla  
recalcitrante de la cerca – El salto a Suiza –  
La acogida del soldado – ¡Salvada! – Un petate  
vacío y un corazón agotado*
- 257 *Cronología*
- 263 *Dossier*
- 287 *Agradecimientos*
- 289 *Créditos fotográficos*

---

## I

### AL SERVICIO DEL PENSAMIENTO FRANCÉS EN ALEMANIA

No sé muy bien a qué edad se remonta mi vocación de librera, en realidad. Ya desde muy niña me podía pasar las horas muertas hojeando un libro con imágenes o un gran volumen ilustrado.

Mis regalos preferidos eran los libros, que se acumulaban en las estanterías de las paredes de mi habitación de niña.

Por mis dieciséis años, mis padres me dejaron encarar una librería hecha a mi gusto. Mandé construir, según mis propios planos, un armario que, para asombro del carpintero, debía tener las cuatro caras acristaladas. Coloqué aquel mueble de mis sueños en medio de mi cuarto.

Para mi mayor satisfacción, mi madre me lo consintió todo, y yo podía contemplar a mis clásicos en las bellas encuadernaciones hechas por sus editores y a los autores modernos y contemporáneos forrados amorosamente con papeles de mi fantasía.

---

Balzac aparecía recubierto de cuero rojo, Sienkiewicz de tafilete amarillo, Tolstói de pergamino y *Paysans*, de Reymont, vestido con la tela de una antigua pañoleta campesina.

Más tarde, el armario ocupó su lugar pegado a la pared, tapizada con una bonita cretona clara, pero este cambio no disminuyó en absoluto mi fascinación.

Luego pasó mucho tiempo...

La vida me había llevado a París para largos años de estudios y de trabajo.

Todo mi tiempo libre me lo pasaba yendo de acá para allá por la orilla del río, donde están los *bouquinistes*, delante de los viejos cajones húmedos de los libreros de viejo. A veces descubría por allí algún libro del siglo XVIII, que en aquella época me atraía especialmente. Otras veces, creía haberle echado el guante a un documento, a un volumen muy raro o a una carta antigua; inagotable alegría, aunque efímera.

¡Qué recuerdos!

¡Rue des Saints-Pères, con sus tiendas polvorientas y sombrías, lugares de tesoros amontonados, mundo de maravillosas investigaciones! ¡Qué tiempos aquellos, tan cautivadores, de mi juventud!

Los largos puestos de libros que había en la esquina de la rue des Écoles con el bulevar Saint-Michel, pertenecientes a una gran librería que invadía la acera. Las lecturas en diagonal de los volúmenes aún intonsos, en medio de los ruidos de la calle: cláxones de los coches, conversaciones y risas de los estudiantes con las chicas, música, estribillos de las canciones de moda...

Lejos de distraer a los lectores, ese guirigay formaba parte de nuestra vida de estudiantes. Si ese trajín desapareciera y si esas voces se apagarán, sencillamen-



---

te no se podría seguir leyendo en la esquina del bulevar: una extraña opresión se apoderaría de todos nosotros...

Pero afortunadamente nada de eso era de temer entonces. Es cierto que la guerra había reducido algunas notas del diapasón de la alegría general, pero París vivía su vida de plena actividad y despreocupación. La juventud del Barrio Latino hervía, la canción callejera vibraba sin parar y el amante de los libros proseguía su lectura a hurtadillas, delante de las mesas cargadas de los tesoros que los editores y los libreros ponían tan desinteresadamente a disposición de todo el mundo, con una afable benevolencia y una perfecta generosidad.

Al término de la Gran Guerra, regresé a mi ciudad natal. Después de las primeras efusiones de alegría desbordada al reencontrar a los míos sanos y salvos, me precipité a mi habitación de cuando era niña.

¡Me quedé totalmente pasmada! Las paredes estaban desnudas: la cretona con flores estampadas había sido hábilmente despegada y retirada. Solo había unos periódicos tapando el yeso. Mi hermosa librería de cuatro caras acristaladas, maravilla de mi fantasía juvenil, estaba vacía y parecía avergonzarse de su decadencia.

El piano también había desaparecido del salón.

La ocupación de 1914-1918 había acabado con todo.

Pero mi familia estaba viva y con salud. Pasé con ella unas vacaciones felices y regresé a Francia pletórica de energía y de entusiasmo.

Aparte de los cursos en la Sorbona, trabajaba asiduamente en la Biblioteca Nacional, así como en la biblioteca de Sainte-Geneviève, mi sitio preferido.

---

A mi vuelta de Polonia, hice unas prácticas por la tarde en una librería de la rue Gay-Lussac.

Aprendí así a conocer a los «clientes» del libro. Me esforzaba por penetrar en sus deseos, por comprender sus gustos, sus opiniones y sus tendencias, por adivinar las razones de su admiración, de su entusiasmo, de su alegría o su descontento a propósito de tal o cual obra.

Conseguía desentrañar un carácter, un estado de ánimo o un pensamiento solo por el modo casi tierno como cogían un volumen, por la delicadeza con que pasaban sus páginas, por cómo las leían piadosamente o las hojeaban a toda velocidad, sin prestar atención, poniéndolo enseguida otra vez sobre la mesa, a veces tan descuidadamente que llegaba a estropearse esa parte tan sensible que son las puntas. Con discreción, me aventuraba a colocar a mano del lector el libro que yo consideraba el adecuado para él, con el fin de evitarle el embarazo de verse influido por una recomendación. Si le parecía de su agrado, yo me sentía exultante.

Empezaba a tomarle afecto a la clientela. Acompañaba mentalmente a algunos visitantes hasta el final de su recorrido y me imaginaba su contacto con el libro que se llevaban; luego, esperaba con impaciencia que volvieran para saber cuáles habían sido sus reacciones.

Pero también podía ocurrir que detestara a un vándalo. Porque había gente que martirizaba los libros, los avasallaba con críticas violentas, con reproches, hasta deformar pérfidamente su contenido.

He de confesar, para mi vergüenza, que eran sobre todo las mujeres las que más carecían de moderación.

Fue así como acabé encontrando el complemento necesario de todo libro: el lector.

En general, reinaba entre uno y otro una perfecta armonía en la pequeña tienda de la rue Gay-Lussac.

---

En cuanto tenía tiempo libre, me iba a la zona donde se exponían las publicaciones recientes de los editores y allí encontraba viejas obras conocidas y auténticas novedades, objetos ambas de mi sorpresa y mi deleite.

Cuando me llegó la hora de escoger una profesión, no lo dudé: seguí mi vocación de librera.

Fue en diciembre de 1920... Me dirigía, como de costumbre, a pasar una breve temporada donde mi familia. De camino, me detuve en Poznań, en Varsovia y luego, al término de las vacaciones con los míos, me quedé en Cracovia.

Llevaba en mi maleta los dos primeros volúmenes de *Los Thibault*, de Roger Martin du Gard, *Croix de bois*, de Dorge-lès, y *Civilisation*, de Duhamel, libros que me parecían muy apropiados para transmitir mi admiración por el rico florecimiento de la literatura francesa de posguerra a los amigos y a los libreros con quienes me proponía encontrarme.

Mi intención era abrir una librería en Polonia. Viajé por varias de sus ciudades. Las librerías de todas ellas ya tenían hermosas colecciones de libros franceses, así que mi empeño me pareció superfluo.

A mi regreso decidí hacer una breve parada en Berlín, ver allí a unos amigos y tomar el tren nocturno para estar en París a primera hora de la mañana.

Deambulábamos sin rumbo por las amplias arterias de Berlín y, como siempre me había gustado hacer, me iba parando delante de los escaparates de las grandes librerías. Habíamos cruzado «Bajo los Tilos»,\* Friedrichstrasse y Leipzigstrasse, cuando de pronto exclamé:

\* Unter den Linden, el bulevar más famoso del Berlín de la época. (*N. del t.*)

---

—¡Pero aquí no tenéis libros franceses!

—Es más que posible —fue la respuesta, lacónica e indiferente.

Desanduvimos nuestro paseo en sentido inverso y esta vez entré en las librerías. En todas me aseguraron que la demanda de libros franceses era casi inexistente: «Nos quedan solo algunos volúmenes de clásicos».

En cuanto a periódicos y revistas, no había el menor rastro. Los vendedores, en los kioscos, contestaban a mis preguntas sin ninguna amabilidad.

Con estas impresiones llegué de nuevo a París.

El profesor Henri Lichtenberger, a quien referí los resultados de mis peregrinajes, me dijo con toda naturalidad:

—¿Y por qué no abre usted misma una librería en Alemania?

Un editor exclamó:

—¿Berlín? ¡Es un centro clave! Tiente su suerte, no lo dude.

Mi querido profesor y amigo P. proclamó:

—Una librería en Berlín... es casi una misión.

Cierto que yo no apuntaba tan alto: buscaba solo una actividad, la de librera, la única que contaba para mí. Sin embargo, la perspectiva de trabajar en Berlín, ciudad que había entrevisto en la bruma del invierno, inmensa, triste y morosa, no dejaba de atraerme.

Con estas inclinaciones reemprendí, poco tiempo después, el camino a la capital de Alemania.

Mi primer trámite fue ir al consulado general de Francia, donde expuse mi proyecto con toda la fogosidad de mi convicción, poniendo de relieve los apoyos morales con los que ya contaba.

---

El cónsul general alzó los brazos al cielo:

—¡Pero, señora, me parece que usted ignora el clima moral de la actual Alemania! ¡No se da usted cuenta de la realidad! Si supiera lo mucho que ya nos cuesta mantener a los profesores de francés establecidos aquí... Nuestros periódicos solo se venden en contados kioscos. Los franceses se pasan por el consulado a leerlos. ¡Y usted, encima, quiere abrir una librería! ¡Vendrán a poner patas arriba su negocio!

Supe más tarde que en Breslau, después del plebiscito de la Alta Silesia, el consulado había sido saqueado por la muchedumbre alemana.

En la embajada de Francia solo me recibió un joven agregado; apenas se mostró más animoso. Pero al cabo de ocho días de averiguaciones y de reflexión, mi decisión estaba tomada: allí no había libros franceses y Berlín era una capital, ciudad universitaria además, donde ya se sentía latir el pulso de la vida que renace, así que era el momento preciso para que una librería francesa tuviera éxito.

Alemania no me era desconocida. Siendo muy joven, había venido a perfeccionar mis conocimientos de alemán y proseguir mis estudios de música con el profesor Xaver Scharwenka.

Más tarde tuve una segunda estancia en Alemania y asistí a clase en la universidad femenina de Leipzig, aunque solo un semestre.

Conocía a los grandes maestros del pensamiento, de la poesía y de la música alemanes. Y en su influencia cifré toda la esperanza de que mi librería en la capital fuera un éxito.

Era preciso, por supuesto, llevar a cabo un sinfín de formalidades en esa administrativa y burocrática ciudad. El primer funcionario berlinés al que me dirigí se mostró

---

reacio de manera rotunda a la venta de libros exclusivamente franceses. Convinimos en la designación de mi negocio como un «centro del libro extranjero». Mi interlocutor alemán era también de la opinión de que la época no parecía la más favorable para la realización de un proyecto como el mío.

Fue así como, a pesar de las objeciones oficiales, vio la luz mi intento de librería francesa en Berlín. Su primera sede se estableció en el entresuelo de una casa particular, en un barrio tranquilo, alejado del centro.

Empezaron a llegar los paquetes de París, que me traían los hermosos volúmenes de cubiertas multicolores, tan características de las ediciones francesas; los libros llenaban los estantes, trepaban hasta el techo y cubrían todo el piso.

Apenas hube terminado de instalarme, ya empecé a tener clientes. A decir verdad, al principio se trataba de clientas, extranjeras en su mayoría, polacas, rusas, checas, turcas, noruegas, suecas y muchas austriacas. En cambio, la visita de un francés o de una francesa era todo un acontecimiento. La colonia era poco numerosa. Muchos de sus miembros, que se habían ido en vísperas de la guerra, no habían regresado.

Los días estelares, para las amables clientas, eran cuando llegaban los periódicos y las revistas de moda, sobre las que se lanzaban dando gritos de alegría, encantadas de ver los modelos de los que habían sido privadas durante tanto tiempo. Las publicaciones de arte tenían igualmente admiradoras no menos celosas.

La biblioteca de préstamo fue recibida con entusiasmo. No tardó el momento en que los lectores tuvieron que inscribirse en una lista y esperar su turno, porque se llevaban los libros en tropel.

---

Al cabo de pocos meses, la afluencia creciente de la clientela me obligó a plantearme una ampliación e instalé la librería en un barrio de la capital más mundano.

¡1921! Esa época de efervescencia estuvo marcada por la reanudación de las relaciones internacionales y los intercambios intelectuales. La élite alemana empezó a aparecer por este nuevo puerto del libro francés, aunque al principio muy comedidamente. Luego, los alemanes fueron siendo cada vez más y más numerosos: filólogos, profesores, estudiantes, más los representantes de esa aristocracia cuya educación estuvo siempre muy influenciada por la cultura francesa y a quienes se llamaba ya entonces *la antigua generación*.

Un público curiosamente mezclado. Conocidos artistas, vedetes, mujeres de mundo que se inclinan sobre las publicaciones de moda y que hablan en voz baja para no distraer al filósofo inmerso en un Pascal. Cerca de una vitrina, un poeta hojea piadosamente una bella edición de Verlaine, un sabio con gafas escruta el catálogo de una librería científica y un profesor de instituto ha reunido delante de él cuatro gramáticas para comparar seriamente los capítulos relativos a la concordancia del participio seguido de un infinitivo.

Para mi sorpresa, pude constatar entonces cuánto interesaba a los alemanes la lengua francesa y qué conocimiento tan profundo de sus obras maestras poseían algunos de ellos. Un día, un profesor de instituto me hizo notar que, en la edición de Montaigne que él llevaba en la mano, había un vacío de unas diez líneas importantes. Tenía toda la razón, no era una edición *in extenso*. Un filólogo, con solo unas pocas citas de un poeta francés, era capaz de decir sin el menor titubeo el nombre de su autor. Otro podía recitar de memoria máximas

---

de La Rochefoucauld, de Chamfort o pensamientos de Pascal.

Aquella vida de librera me ponía en contacto con gente singular y simpática. Un cliente alemán, muy buen gramático, cuando se despedía después de una compra, oyó que mi empleada le dijo: «¡Que lo disfrute, señor!». Volvió sobre sus pasos y pidió que le explicara exactamente esa expresión. Quería saber si se trataba simplemente de una cortesía comercial o si podría utilizarse también en sociedad, en qué casos concretos, etcétera, etcétera.

Anotó la frase en una libreta y desde entonces no dejó nunca de decir «Que lo disfrute», acompañado de una sonrisa cómplice.

Como predecesores del cuerpo diplomático, aparecieron en primer lugar los funcionarios de los consulados y de las embajadas; enseguida pasaron a formar parte de la clientela habitual. Luego llegaron los agregados y, en fin, por último, los señores diplomáticos y, sobre todo, sus esposas.

En cuanto a su excelencia el embajador de Francia, recibí su visita cuando ya había abierto la librería en el barrio oeste de Berlín.

Me agradeció mi iniciativa, escogió varios volúmenes y, con esa manera tan especial que tiene la lengua francesa para unir la firmeza con la afabilidad educada, me dijo que Romain Rolland y Victor Margueritte, el primero desertor de la causa francesa y pornógrafo el segundo, no deberían tener sitio en una librería que se respete. A cambio, su excelencia me recomendó las obras de René Bazin, de Barrès y de Henri Bordeaux.

Después de su marcha, me quedé orgullosa y triste a la vez. Pese a toda mi buena voluntad, sabía que me sería imposible seguir esos consejos.



---

Una embajadora extranjera, tan inteligente como guapa, tenía pasión por los libros antiguos. Se pasaba las horas rebuscando y casi siempre descubría algún libro de su gusto. Uno de esos días en que no tenía ningún reparo en ensuciarse sus hermosas y cuidadas manos hojeando polvorientos libros de ocasión, me dijo exultante:

—Si no fuera mujer de diplomático, mi sueño sería ser librera.

Desde ese día, nuestra camaradería se consolidó. Mientras yo me dedicaba a encargar búsquedas de libros entre los *bouquinistes* de París, ella me enviaba clientes y me avisaba de la llegada a Berlín de personalidades y de franceses famosos.

Porque también organizábamos conferencias y presentaciones de autores notorios de paso por Alemania.

Claude Anet, Henri Barbusse, Julien Benda, la señora Colette, Dekobra, Duhamel, André Gide, Henri Lichtenberger, André Maurois, Philippe Soupault y Roger Martin du Gard se pasaron por la librería a hacer una visita.

Algunos tomaban la palabra. Sus charlas trataban de asuntos literarios, artísticos, de recuerdos e impresiones; atraían a profesores, a estudiantes, a franceses y a todo un público cosmopolita. Al término de las conferencias había una audición de discos franceses: canciones, poesías, escenas de obras de teatro.

Con la colaboración de franceses de buena voluntad, también dábamos «representaciones teatrales», actos de obras de Marivaux, de Labiche, del *Docteur Knock* de Jules Romains, a veces incluso *sketches* de actualidad que componíamos nosotros mismos. En algunas de esas representaciones teníamos hasta quinientos alumnos de escuelas alemanas.

---

La fiesta del Martes de Carnaval, típica entre franceses, se convirtió asimismo en un gran acontecimiento para la clientela.

En su libro *Dix ans après*, Jules Chancel ha relatado una de esas fiestas, con todo su ambiente y su éxito.

En mis funciones de librera, hallé la docta colaboración del profesor Hesnard, agregado de prensa, autor de un excelente estudio sobre Baudelaire. Me ayudaba discretamente con sus consejos.

El agregado cultural que vino a Berlín hacia 1931 también supuso para mí un apoyo infinitamente valioso y nunca será suficiente lo mucho que le debo a su erudición y a su entrega.

En septiembre de 1931 vi llegar a Aristide Briand, acompañado de un funcionario que le hacía las veces de cicerone. Después de expresarme sus felicitaciones, me preguntó si había fundado mi librería en aras del espíritu de acercamiento francoalemán.

—Deseo ardientemente ese acercamiento, como el de todos los pueblos del mundo —contesté yo—, pero me he instalado en Berlín solo en aras de lo que yo misma me he propuesto. La política da lugar a la injusticia, a la ceguera y al abuso. Después de una violenta discusión habida entre dos clientes de distintas nacionalidades, me he cuidado mucho de que en la librería no se hable de política —añadí.

Espectadora de los acontecimientos que se desarrollaban a mi alrededor, había hecho muchas constataciones en el ejercicio de mi actividad, había visto que se avecinaban conflictos y había sentido cómo aumentaban algunas amenazas. Qué duda cabe de que me habría encantado hablar a corazón abierto con ese gran hombre de Estado cuyas aspiraciones merecían toda confianza. Pero iba acompañado.

---

El recelo que me inspiraba la política prevaleció. No lamento no haberle planteado a Briand ninguna pregunta ni haberme pronunciado acerca de mis aprensiones. ¡Poco tiempo después su idealismo se vería tan irremediablemente frustrado!

Así que no abrí la caja de Pandora, esa en cuyo fondo yace, en su sueño diez veces milenario, la esperanza de una posible concordia entre los pueblos.

La visita de Briand confirmó un prestigio añadido a mi librería y se tradujo en un incremento de la clientela. De ese modo conocí un periodo de unos años de simpatía, paz y prosperidad.

A partir de 1935, empezaron las complicaciones graves. En primer lugar, el asunto de las divisas.

Para abonar mis pedidos de libros franceses, me hacía falta, en cada pago, una nueva autorización de *clearing* entre un banco y otro. Además, yo debía presentar las pruebas de que esa importación era necesaria. Me procuraba entonces las más diversas recomendaciones. Algunas escuelas me remitían listas de encargos, los profesores de instituto hacían lo mismo. Las universidades pasaban por la vía oficial.

Los clientes particulares rellenaban unos boletines que después yo presentaba en el servicio especial encargado de la evaluación de los libros por importar. Para completar el stock, recurría al apoyo de la embajada de Francia. El trabajo se hacía demasiado laborioso.

A veces aparecía la policía. Con el pretexto de que un autor figuraba en el índice, los inspectores lo examinaban todo y requisaban algunos volúmenes. Se llevaron así los libros de Barbusse, más tarde los de André Gide y, final-

---

mente, un gran número de otros ejemplares, entre los que estaba la obra de Romain Rolland (ya puesta en el índice por el propio embajador francés).

Para rellenar este vacío producido en mis estanterías, y por una ironía del destino, un francés, corresponsal berlinés de un periódico del sur, vino precisamente a mi librería por esa época para traerme una obra suya titulada *En face de Hitler*. Era... Ferdonnet, quien acabaría siendo tristemente célebre como locutor de Radio Stuttgart. Con un tono lleno de arrogancia, me pidió que colocara un ejemplar de su obra en el escaparate. Yo le respondí que, conforme a las instrucciones de los editores, no exponía libros políticos. Él me replicó:

—Bien sabe usted que me sería muy fácil *insistir...*  
—Luego, con un tono ya imperativo—: ¡Cuento con usted para que se venda!

Regularmente venían unos agentes de policía a requisar diversos periódicos franceses que figuraban en su lista. A raíz de ello, mis clientes empezaron a presentarse a la hora de abrir la tienda para adelantarse a la visita de los inspectores. Pese a todo, el número de publicaciones francesas autorizadas era cada vez más limitado.

Durante algunas semanas, *Le Temps* fue el único tolerado. Enseguida me apresuré a pedir un número de ejemplares suficiente; la clientela estaba ávida de noticias del extranjero. Pero solo pudieron disponer de ellas durante ocho días. Un buen día, un inspector me notificó que *Le Temps* también figuraba en la lista negra. Se llevó todas las existencias, para mayor decepción de mis clientes.

¿Esconder los periódicos? ¿Guardarlos? «Difusión de publicaciones prohibidas», lo que me habría llevado directamente a un campo de concentración.

---

Desde entonces, los diarios franceses dejaron de llegar a Alemania. Desaparecieron para siempre.

Todas esas limitaciones eran de orden general.

Pero tras la promulgación de las leyes raciales de Núremberg (en el congreso del partido, en septiembre de 1935), mi situación personal pasó a ser muy precaria.

El partido nazi sabía que mi librería se encontraba, de alguna manera, bajo la protección de los editores franceses. Las autoridades alemanas, fieles a su política, consistente en cloroformizar a la opinión pública, dudaban si provocar un escándalo o no. Por una parte, toleraban mi actividad al servicio del libro francés; pero, por otra, me echaban en cara mi origen.

Mi correo contenía convocatorias, invitaciones, indicaciones para asistir a tal o cual reunión o para participar en tal o cual manifestación o asamblea. Las asociaciones de librerías me exigían que verificara el stock de mi fondo y enviase al servicio especial de verificación los libros contrarios al espíritu del régimen. En toda esa burocracia tenía que adjuntar unos cuestionarios relativos a mi raza y a la de mis abuelos y bisabuelos, tanto maternos como paternos.

Mi secretario, a la larga, dejó de mostrarme esos deprimentes impresos; él mismo cogía su motocicleta, hacía el recorrido por las distintas administraciones y les suministraba la información solicitada. Insistía en mi condición de extranjera para allanar provisionalmente las dificultades y darme así tiempo para preparar la liquidación de mi negocio.

Los incidentes se multiplicaron. Recuerdo una humillación que tuve que sufrir pocos días antes de Navidad. Dos carteros habían traído numerosos paquetes con libros para regalo. Las mesas estaban rebosantes de bellas

---

ediciones para adultos y de álbumes con imágenes en color para niños. Impresas con ese gusto que en ninguna parte del mundo se encuentra más perfecto que en Francia, las revistas emergían de sus envoltorios, recibidas por los gritos admirativos de la clientela.

¡Era la fiebre característica de esa época del año!

De repente, la puerta de la tienda se abrió con estruendo y la «vigilante» nazi del edificio irrumpió donde yo estaba. Mujer con cabeza de gorgona, llevaba en cada mano dos latas de conserva vacías.

—¿Entiende usted el alemán? —gritó.

—Por supuesto —dije yo, más bien sorprendida.

—¿Son de usted estas cuatro latas metálicas?

—Lo ignoro, voy a preguntar a mi asistente, pero ¿por qué?

—Son tuyas. ¡Lo sé, ya se lo digo yo! ¡Todos los alemanes saben que para tirar las latas de conserva hay un recipiente distinto del cubo de basura, es una caja especial con un letrero! ¡Le voy a poner una multa y de las gordas! Póngalo en la cuenta de sus «prósperos negocios» navideños —añadió con los ojos hinchados de odio.

La harpía se fue. Un diplomático que estaba presente en aquel momento contó que, durante varios días, él tampoco había sabido cómo deshacerse de un tubo de aluminio que llevaba inscrito en rojo: NO TIRAR. No se atrevía a poner ese tubo en la papelera de su habitación de hotel ni a abandonarlo en la calle. Finalmente, tuvo la idea de depositarlo en una farmacia, donde lo felicitaron en nombre del partido. Esta anécdota nos hizo reír momentáneamente, pero no nos quitó el malestar.

Yo estaba desbordada.

Basándose en el reglamento relativo al famoso «plato

---

único», la misma vigilante del edificio venía a husmear por mi cocina cuando le daba la gana. Levantaba las tapaderas, olía el contenido y luego se retiraba haciendo el saludo nazi.

A esa mujer, además, le debo mi primer contacto con la Gestapo.

Había yo aprovechado las vacaciones de Pascua para ir a visitar a mis primos de Bruselas. Les había consultado acerca de las posibilidades de trasladar mi librería a su ciudad. El resultado fue negativo. De allí me fui a París, como cada semestre. Sopesaba los trámites que serían necesarios de cara a cedérselo todo a unos franceses. Mis anuncios se habían publicado en un boletín de la profesión. Un matrimonio aceptó venir a Berlín para pasar unas semanas en la librería y decidir después si querían el traspaso de mi negocio.

Al día siguiente de mi regreso, fui citada urgentemente en la jefatura de policía.

Como era la Gestapo, tuve que franquear tres portales de hierro sucesivos, abiertos y enseguida cerrados con llave detrás de mí por un SS con uniforme negro. Lo seguí por largos pasillos de ventanas enrejadas. Finalmente se detuvo delante de una puerta y, después de llamar, me metió en una especie de celda.

Ante mí, sentado a una mesa, se hallaba un joven rubio también de uniforme: tendría unos veinte años, cara imberbe, con muchas pecas, ojos azul claro y gesto furioso. Me hizo una seña para que me sentara.

—¿Es usted la señora de tal? ¿Nombre de su padre, nombre de su madre? ¿Raza? ¿Edad? ¿Fecha y lugar de nacimiento? ¿Documento de identidad! Se la ha acusado de haberse ido en Pascua con destino desconocido, cruzando clandestinamente la frontera.

---

—He viajado con un visado alemán ordinario, tanto a la ida como a la vuelta; primero fui a Bruselas y luego a París.

—¿Por qué a Bruselas? —gritó.

—Para ver a mis parientes belgas.

—¿Qué se ha llevado en ese desplazamiento? ¿Divisas, oro, diamantes? ¡Confíeselo, lo vamos a saber de todos modos!

Insistía en elevar la voz, y yo me sentía cada vez más abatida.

—Nada de eso —respondí tratando de dominarme—. Fui, como de costumbre, a París después de una parada en Bélgica, y he regresado según la autorización que figura inscrita en mi pasaporte, como puede ver.

Él rechazó el pasaporte y dijo:

—¡Por supuesto! Pero ¿por qué fue a Bruselas precisamente en coche?

Era obvio que creía haber hallado el punto débil de ese viaje y me miraba fijamente con sus ojos escrutadores y enojados.

Pero yo había recuperado mi sangre fría.

—Aproveché el viaje de unos amigos que se volvían a Bruselas y me habían ofrecido dejarme conducir por la autopista. No quería abandonar Alemania sin haber visto por lo menos una vez esa carretera de la que todo el mundo habla.

—*Ach!*, nuestra autopista es colosal —asintió el joven funcionario con una sonrisa radiante pero rápidamente reprimida—. En fin, ya veremos. Puede marcharse —concluyó con mayor severidad aún.

Fui llevada hasta la salida. ¡Estaba *libre!*

Mi amiga me esperaba frente al portalón de hierro. Al verme, corrió hacia mí y se lanzó a mis brazos.



---

De vuelta en la librería, tuve conocimiento de que la embajada de Francia y el consulado polaco habían telefonado para saber noticias mías. Se habían temido lo peor.

Más de una vez me he preguntado si no le debía a la famosa autopista haber salido indemne de la aventura, en una época en que los campos de concentración se llenaban de inocentes.

De manera encubierta, en el patio de mi edificio, como sucedía también en otros lugares de la ciudad, empezaba a haber reuniones nocturnas de SA y de camisas pardas. Aquellos hombres discutían, abucheaban a los gobiernos extranjeros, pero culpabilizaban sobre todo a los judíos. A continuación, entonaban himnos que magnificaban la fuerza, la guerra, el odio, la venganza...

Los alféizares de las cuatro ventanas de mi planta baja servían de asiento a esos fanáticos.

¡Qué noches de insomnio y de inquietud!

Como a menudo solía hacer, fui un par de días a ver a mi familia.

Mi padre ya no estaba en este mundo desde hacía tres años. Todos lo habíamos acompañado en aquella ocasión en su penosa agonía, impotentes para auxiliarlo a pesar de todo nuestro cariño.

La vieja casa de mi infancia, más vieja todavía, seguía de duelo.

Mi madre vivía en ella con su hijo, su nuera y su nieto, al que adoraba. Me acogió afectuosamente y me colmó de la infinita obsequiosidad de su corazón maternal. A su lado, mi tormenta interior se apaciguaba.

---

Mi madre me suplicó que abandonase mi profesión para salvar mi libertad. Sí, era algo indispensable.

Nos iríamos juntas una temporada a los bellos bosques de Polonia. Ya encontraría más tarde el modo de usar mis conocimientos de librera; yo podría triunfar en cualquier parte en cuanto me propusiera.

Así hablaba mi madre. Acepté sus sabios y tiernos consejos. Todo me parecía tan sencillo y tan fácil...

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente.

Primero fue el día del gran boicot.

Unos guardias nazis se plantaron delante de la puerta de los comercios judíos con la consigna de advertir a los clientes de que comprar en las tiendas de esa raza iba en contra de la doctrina nacionalsocialista. Las casas extranjeras que habían escapado al dudoso honor de semejante custodia cerraron por solidaridad.

Yo permanecía en mi vivienda. De repente, mi asistente llegó muy alterada.

—¡Venga enseguida, señora! ¡Van a embadurnar con algo el escaparate!

En efecto, provistos de un bote de cola y de una brocha, los muchachos de las Juventudes Hitlerianas estaban pegando en el cristal de mi escaparate unos carteles insultantes.

—¿Qué hacéis aquí? —les grité.

—¡Cumplimos órdenes!

—¡Parad inmediatamente!

Uno de los chicos echó una mirada al interior del escaparate y dijo:

—¡Pero si es una tienda extranjera! No vale la pena seguir, camaradas. ¡Vámonos!